

HOMILÍA CON MOTIVO DE LOS XXV AÑOS DEL PASO AL PADRE DE
FRAY ALBERTO GARCÍA VIEYRA (22-XII-2010)

Como todos los años el Adviento nos pone, contundentemente, ante el misterio de la Parusía.

De la Venida del Señor.

De su manifestación gloriosa.

De su Epifanía final para consumir la historia.

Historia que de Él procede –todo ha sido hecho por el Verbo; historia que transcurre bajo su señorío –poderoso y oculto, providente y suave; historia que a Él mira –es lo único digno de ser mirado- y a Él se dirige.

Así nos lo anuncian las profecías:

En medio de la sórdida realidad, de estos tiempos de desconcierto y angustia, los discípulos estamos en la contemplación incesante de la gloria; de aquella belleza indeclinable, indeficiente, que no conoce ocaso.

No por casualidad priva en la profecía el verbo “mirar”, “contemplar”.

Puede parecernos una ironía, por lo menos una humorada.

Porque el espectáculo cotidiano que invade nuestra visión es muy diferente, es atroz.

Es la ostensión desvergonzada de la miseria, que se extiende cada vez más; de la violencia invadente que nos hace vivir en el miedo; de la hipocresía de una sociedad neopagana, que en nombre de los derechos del hombre termina aniquilando al mismo hombre; de la deshonestidad, constituida ya en un estilo global y particularmente argentino; de la injusticia, que se impone en todos los ámbitos y nos condena a vivir en una inseguridad torturante.

Y sin embargo, la Palabra de Dios es más fuerte que toda la decadencia humana multiseccular y nos anuncia e invita a vivir –frente a la depresión de una historia frustrante- el gozo y la alegría.

Precisamente hoy, cuando la Madre de Dios, movida por el Espíritu y ya habitada por el Verbo hecho carne, irrumpe con su cántico de alabanza, el Magnificat. Porque “el tiempo de las canciones ha llegado”.

Así la Iglesia, con su sabia pedagogía, nos enseña en Adviento a vivir orientados a la Parusía de Cristo.

Y establece un misterioso juego de los tiempos.

Porque para los discípulos del Mesías el tiempo no es algo que pasa, el monótono y voraz “Chronos” que todo lo devora; para nosotros el tiempo es Alguien que viene: Cristo Señor.

¿Cómo no alegrarnos, entonces, en medio del atroz espectáculo de la vida cotidiana?

Y el Adviento establece un misterioso juego de los tiempos.

En cuanto al pasado, nos hace contemplar la Parusía en la carne del Verbo de Dios, nacido de la Siempre Virgen María en Belén de Judá, que recordaremos en la ya próxima Navidad.

Y nos impulsa a hacer “anámnesis”, memoria. En realidad, la Iglesia es una inmensa memoria del Misterio de Cristo a lo largo de los siglos.

Los cristianos recordamos.

Somos en la historia la memoria viviente del Misterio del amor del Padre manifestado de una vez para siempre en la venida del Hijo “en la humildad de nuestra carne”, como reza el prefacio tradicional del Adviento.

Mientras nuestra cultura de lo fugaz reniega de Dios y se olvida de Cristo, condenándose al vacío, los cristianos recordamos.

En cuanto al futuro, el Adviento nos tensa y nos proyecta a la Parusía final de Cristo, “en la majestad de su gloria”, cuando el mundo entre definitivamente en Dios y Éste sea “todo en todos”.

Pero, porque peregrinos en el tiempo, el Adviento nos fija en el presente y nos hace descubrir las continuas, incesantes, parusías del Señor.

Él viene en la Eucaristía, en la cual, bajo el velo de los signos, ensaya y anticipa su venida final. Para nosotros, la Parusía no es algo desconocido; acontece todos los días en el Pan y el Vino consagrados.

Él viene en la Palabra proclamada y acogida en la fe.

Él viene en los santos Misterios, en los Sacramentos, que no son otra cosa que encuentros con Él en todas las circunstancias de la vida humana. En el nacimiento y la muerte, en la enfermedad y el matrimonio, en el perdón y la misión apostólica, Cristo viene.

Él viene en la congregación de sus discípulos, porque “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”

Él viene en el hermano. Porque todo encuentro entre cristianos es esencialmente parusíaco.

Él viene en los pobres, los excluidos, los desechos de este mundo con los cuales vive una misteriosa identificación: pues “cuando hicieron esto a uno de éstos, mis pequeños hermanos, a mí me lo hicieron”.

Y, de modo paradójico, Él viene en sus ministros.

Ante todo, frágiles criaturas y débiles cristianos; fango insustancial que Él transfigura para hacer aquí y ahora su parusía.

Precisamente hoy, mis queridos, estamos contemplando la Parusía de Cristo en un ministro suyo, que fuera pastor, ejemplo, maestro espiritual y doctrinal hasta

que veinticinco años atrás ingresó en “en el gozo de su Señor”, Fray Alberto García Vieyra, de la venerable Orden de los Predicadores.

A lo largo de fecundos setenta y tres años, a través de su humana fragilidad y de sus manos ungidas y pecadoras, como las de todos los consagrados y sacerdotes, Cristo hizo su incesante Parusía en medio de nosotros, que tuvimos la dicha de conocerlo, tratarlo y amarlo.

¿Cómo no dar gracias incesantes a Dios por su figura luminosa, transparente reflejo de la única Luz verdadera “que al venir a este mundo ilumina a todo hombre”, Cristo Señor?

¿Cómo no entrar con él en la conjugación de los tiempos para dar gracias, porque a través de su consagración de vida y su ministerio, doliente y glorioso – esto es, pascual- Cristo se epifanizó, lleno de gracia y de verdad, entre nosotros?

Por eso, recordando al Padre Alberto, quiera Dios ya en el Reino que viene, nosotros con él conjugamos los tiempos.

En cuanto al pasado, tenemos presente su nacimiento en la nobilísima Villa de Alta Gracia, ciudad –al menos otrora- fundada y estructurada sobre la fe y orientada a la gracia de Dios. Y su origen de una ilustre familia, ilustre por la fe más que por las glorias mundanas, que casi como primer acto, luego de su advenimiento al mundo, lo sumergió en las aguas bautismales. Si perteneciente a una noble familia, mucho más ilustre por su pertenencia a la dilatada e inmensa familia espiritual, la “communio sanctorum”, la Iglesia Católica. “Aquí nace un pueblo de alto linaje”, reza la antiquísima inscripción del Bautisterio de Letrán.

En este ámbito noble (con la única nobleza aceptada a Dios, la de la fe) y caballeroso, Alberto fue descubriendo el Misterio de Dios y el misterio de la realidad, que también y exclusivamente es Dios.

En esta matriz de fe, cultura y noble interés por conocerlo todo, definió su absoluta pertenencia al Padre de Cristo y la llamada a “seguir al Cordero donde quiera que vaya”.

En este horizonte vasto, casi infinito en posibilidades, se presentó la grandiosa Orden de Santo Domingo. En este Santo, serio como Dios y por ello tan necesario, sobre todo ante la ligereza y frivolidad de los tiempos que corren, Alberto encontró su camino existencial: ser un “canis Domini”, un perro pastor y guardián fiel, que ladra –y con fundamentos inconfutables- cuando el lobo amenaza las pequeñas ovejas de Cristo. Esto lo volvió un ineludible “confesor” de la fe ante tantos “canes muti” (perros mudos, en acertado verbo de Agustín), que acallan la verdad y la esconden por llevarse bien con “el dios de este mundo”.

En cuanto hombre, imagen de Dios y fruto de una admirable familia cristiana, vivió las virtudes humanas de modo admirable: la honestidad, la sinceridad, el trato exquisito, el respeto y también un talante enérgico e inequívoco frente a cualquier adulteración de la Verdad. Que ante esto no le temblaba el pulso. Testigo soy. Y por eso fue maravillosamente libre: sólo estaba atado a la Verdad.

Fue, además, varón del silencio, parco de palabras, elocuente en obras. No era afecto a hablar de sí mismo, lo cual es un testimonio invaluable en estos momentos en los que reina una egolatría sin límites.

En cuanto bautizado, estimamos que vivió intensamente la inhabitación de Dios, la amistad y unión esponsalicia con el Verbo hecho carne y los amorosos impulsos del Espíritu. Hombre espiritual sin afectación, niño evangélico (¿podrá decirse algo más alto?), inmune a toda secularización o transacción infame de la fe al príncipe de este mundo.

Luego, en cuanto hijo fiel de Santo Domingo, fue un monje íntegro y un predicador apasionado, capaz de extender su tienda desde un pobre cristiano

acongojado por el peso de la vida hasta los areópagos de la cultura dónde se juega –hoy bochornosamente- la presencia de la fe y los derechos de Dios. De allí surgió su noble misión teológica.

Y en ese sentido me atrevo a decir que fue profético. En esta realidad atiborrada de estériles discursos sobre “los derechos humanos”, en la cual el hombre es vejado como quizá nunca lo fue en su historia milenaria, Fray Alberto defendía los derechos de Dios sin los cuales los “humanos” se estrellan contra el vacío.

Así encaró Alberto, nuestro querido Fray Alberto, la vida conventual con sus hermanos, unidos ciertamente por muchas afinidades pero más por el vínculo sólido de la fe, la ciudadanía celestial y la esperanza puesta en “aquella ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor es Dios”.

En esta familia, sólida y espléndida, vivió nuestro entrañable Alberto el encuentro parusíaco con Cristo Señor, en la sencilla cotidianidad, en la vida de todos los días, a partir de la puerta de los misterios, el Bautismo, a partir de una educación cristiana desde la raíz y de su consagración religiosa, donde Cristo era la presencia continua, amiga, “sobrenaturalmente natural”, por decirlo de algún modo.

Por fin, vivió plenamente su configuración presbiteral con Cristo, “Pontífice de los bienes futuros”. Y así transitó por diversas comunidades en las que más que dejar su propia fisonomía –tentación posible para todo ministro del Señor- dejó la del Pastor eterno, la de Cristo, “Pastor y Obispo de nuestras almas”.

Y así acaecieron incontables parusías que el Mesías hizo a través de su frágil ministro.

Culminó su “carrera terrenal” en este querido convento de San Pablo Ermitaño, bajo la tutela de Nuestra Señora del Rosario, la Madre de Dios, la Virgen gozosa, doliente y exaltada, Tomás de Aquino –quien fuera su inigualable maestro de teología, Catalina de Siena -la mujer de fuego- Rosa de Lima -fruto

exquisito de nuestra primera evangelización- y Martín de Porres -exponente luminoso de la gloria de la humildad.

Como es de rigor, vino la Cruz.

Con contundencia implacable y explicable, porque los discípulos de Cristo no van bien con este mundo.

Mas sólo en la Cruz se revela la autenticidad del discípulo del Verbo hecho carne y, de manera especial, la del humilde ministro de Cristo.

Pero lo importante es permanecer –como el Hijo de Dios- en la cruz. En ese estado insoportable. “Entre los silencios de arriba y las blasfemias de abajo”.

Sólo así, nuestro Fray Alberto, nuestro querido Alberto, se nos presenta como dominico y sacerdote auténtico.

Y allí permaneció. Inconmovible.

Y nosotros, humildes discípulos del Verbo, frágiles criaturas, hacemos hoy acción de gracias, hacemos la Eucaristía.

Estamos ante el Misterio.

Estamos ante la consagración y el sacerdocio auténticos.

No los de los ritos automáticos ni los de la palabra fácil y acomodaticia, que dice lo que la gente quiere oír.

Sino ante el de la existencia plena que sube al Calvario, como su Señor.

Fue un espectáculo sin gracia ni belleza alguna, como el del Siervo de Dios, cantado por Isaías, profeta.

Pero estaba atravesado por la autenticidad de la Cruz.

Permítanme, por tanto, parafrasear al Verbo de Dios: ¿Qué salieron a ver en el desierto? ¿Una caña zarandeada por el viento? Fray Alberto fue demasiado

“sólido”, en todos los sentidos, para resistir esa comparación. ¿Qué salieron a ver? ¿Un hombre vestido con refinamiento?

No; terminantemente. Vimos, experimentamos a un genuino hijo de Domingo de Guzmán y a un ineludible sacerdote de Cristo.

Nada más.

Queridísimo Padre Alberto:

Te conocí desde niño. Guardo en mi corazón tu imagen de fraile íntegro. Recuerdo todavía tu paciencia cuando mis interrogantes disparatados de adolescente y tu caridad y tu paciencia durante el tiempo de mi formación sacerdotal.

Recuerdo intensamente el día de tu partida. Yo, ya presbítero, vine a despedirte a las tres de la tarde. Tu cuerpo yacía solo en este querido presbiterio de la que fue mi parroquia. Quizá la vista de esos despojos, la tienda terrenal que decae día a día, fue tu última palabra para un indignísimo presbítero diocesano.

Me enseñaste así que todo es nada si no lo entregamos y que “la figura de este mundo se termina”.

Yo era sumamente inexperto, por no decir idiota.

Pero tu muerte me unió al gemido del Espíritu y la Novia.

-“Porque el Espíritu y la Esposa dicen: ¡ven! Y el que escucha diga: ¡ven! Y el que quiera, venga y beba gratis del agua de la vida”.

-“Sí, vengo pronto”.

-¡Ven, Señor Jesús!

P. Marcelo Mateo

Santa Fe